

De: Eugenio Tisselli
Para: Nadia Cortés
Fecha: 24 de abril de 2022
Asunto: Re: Adopción

Querida Nadia:

No quise dejar que pasara mucho tiempo antes de responderte, para así intentar mantener encendida la emoción con la que me escribes, porque estos temas, lo sabemos bien, nos apasionan y encienden en nosotres conversaciones infinitas y llenas de descubrimientos. Pero el espacio que tenemos aquí es finito, así que elijo sólo algunas de las muchas ideas que lanzas en tu mensaje anterior para dirigirme a ellas en mi breve respuesta.

Estoy de acuerdo contigo en que es imposible pensar en la adopción de las tecnologías sin tener una actitud farmacológica y que, a su vez, tal actitud es inseparable de las prácticas del cuidado. En mi primer mensaje, cuando te agradecía por todo lo que me has enseñado, me refería, entre otras cosas, a la idea del fármaco como metáfora para pensar la tecnología. Como bien dices, toda tecnología es cura y veneno. Pero he de reconocer que yo reduje esta

idea a la noción de dosis, según la cual, por debajo de cierto umbral, la tecnología puede ayudarnos a estar mejor en el mundo al extender las capacidades de nuestros cuerpos, los alcances de nuestras comunicaciones y afectos. Y, rebasando ese umbral, es decir, en la sobredosis, la misma tecnología puede dañarnos, enfermarnos: se vuelve contra nosotres y acaba por matarnos, por matar a la Tierra. Ahora, pensando en el cuidado de forma más amplia y a la vez más situada, me doy cuenta de que la idea de dosis es demasiado limitada, y no deja de referirse al paradigma dominante de la cuantificación. Cuando nos recetan un medicamento, nos instruyen con cantidades precisas y temporalidades abstractas que no tienen que ver con nuestros cuerpos, sino con estándares de medición establecidos por quién sabe quién en quién sabe dónde. “Tome usted media pastilla de 500 miligramos cada ocho horas durante siete días”, nos

dicen. Y no, la actitud farmacológica frente a la tecnología no se trata de dosis precisas. Es imposible saber qué tanta tecnología aumenta la plenitud y la potencia de nuestro cuerpo común, y qué tanta nos aniquila. Sería absurdo incluso intentar plasmar este tipo de recetas. Hay que escuchar al cuerpo, individual, común y planetario, sentir su respiración, entender bien qué duele, dónde duele, cuál es su ánimo, cuáles son sus posibilidades y limitaciones específicas. Y es en esta intención de auscultación amorosa del cuerpo que padece donde, de nuevo, recibo una noción tuya, que no mencionas en tu respuesta, pero que escuché en una de las charlas que recientemente diste en algún lugar de la red. Hablaste sobre los cuidados de tu abuela y de su sabiduría farmacológica, si es que puedo llamarla así. Al administrarte alguna yerba curativa, tu abuela no dosificaba siguiendo cantidades o ritmos preestablecidos, sino se fijaba en tu cuerpo, en tu ánimo, en tu tiempo y ritmo. Mi abuela también tenía esa clase de sabiduría y, para curarme la tos, me ponía rodajas de cebolla atadas con vendas en las plantas de mis pies. ¿Cuánta cebolla? ¿Por cuánto tiempo? Sólo mi abuela lo sabía al verme

enfermo, y ese saber es incuantificable. Es, creo yo, un saber conectado no con números y medidas, sino con la realidad específica de un padecimiento, de un cuerpo. Un saber que parte de un vínculo afectivo, entendido no solamente como un involucramiento emocional, sino también como una capacidad para dejarse afectar por las dolencias del otro. Gracias a ti entiendo ahora la adopción tecnológica como un proceso relacional de afectación colectiva que pone los cuidados en el centro. Adoptar es pensar la tecnología como curación, o *la curación como tecnología*, que es el título de un maravilloso libro de Bárbara Santos en el que podemos descubrir la estrecha relación que existe entre la tecnología y el cuidado del cuerpo individual, común y terrestre en el pensamiento de los pueblos amazónicos

Preguntas, entre otras cosas, “¿qué hace posible la adopción más allá del deseo individual por hacerlo?”. Yo te diría que, en el caso de tecnologías como las computadoras o las redes digitales, adoptamos porque no nos queda de otra, a menos que estemos dispuestos a adaptarnos y correr esa carrera loca detrás de la innovación vacía e hiperacelerada a

la que nos somete el tecnocapitalismo. Adoptamos no tanto por un deseo, sino porque no adoptar significaría vivir una vida alienada, vivida en una especie de delirio de persecución en el que los perseguidores son vampiros insaciables.

Adoptar, pues, sería quedarnos con el problema, sacándole la vuelta continuamente. Y sí, estoy de acuerdo con que, como bien dices, Haraway no nos invita a aceptar pasivamente los dolores de este mundo, sino que nos despierta al hecho de que los problemas siempre estarán allí. No podemos extirparlos definitivamente de nuestros territorios vitales ya que, si intentáramos hacerlo, incurriríamos en la misma arrogancia de los desarrollos tecnocientíficos que, queriendo prometer una vida absolutamente libre de fricciones, crean, sin necesariamente proponérselo, la enorme sublevación terrestre que hoy toma la forma de una catástrofe. Allí están las falsas soluciones tecnológicas al problema del cambio climático, basadas en tecnologías que aún no se han inventado o que, al aplicarse, seguramente empeorarán la situación. Pero insisto en que no solamente hay tecnologías que son imposibles de adoptar, sino que también hay proble-

mas que debemos resolver, o más bien paliar, en la medida de lo posible. Las aplicaciones tecnológicas de la geoingeniería, por ejemplo, aquellas que buscan bombear grandes cantidades de partículas reflejantes hacia la atmósfera con el fin de imitar los efectos de enfriamiento de las erupciones volcánicas, son inadoptables porque implican no solamente aparatos e infraestructuras que están fuera de nuestro alcance, sino también un respaldo militar y un poderío geopolítico de escala planetaria. Estas tecnologías, que pueden provocar consecuencias sistémicas muy difíciles de predecir, además de graves conflictos sociales y políticos a nivel global, se siguen desarrollando “por detrás del escenario”, más allá del escrutinio público o los acuerdos internacionales. Creo que ante estas tecnologías no queda otra opción más que la oposición frontal a través del activismo, de la resistencia. Son tecnologías que, desde mi punto de vista, ni siquiera deberían de existir. Hay demasiado en juego y no podemos esperar con fe ciega que su aplicación resulte efectiva y sanadora para nuestro cuerpo común. Sin embargo, el problema que pretenden resolver, el del calentamiento global, es algo con lo que no podemos

vivir, literalmente. Un mundo cuya temperatura media sea de dos grados o más por encima de la actual es un mundo inhabitable. Y aquí, de pronto, se me aparece una idea con la cual quiero terminar, para dejarla como una pregunta abierta: ¿y si dejamos de pensar en la tecnología como el medio para resolver nuestros problemas, para concentrarnos en cambio en una política de los cuidados y las afectaciones? La tecnología dejaría de ser ese centro determinante, para convertirse en un mero acompañante de nuestra aventura vital. ¿Podemos enfriar el planeta con cuidados y no con geoingeniería?

Lo dejo aquí, con ganas de saber qué piensas, qué sientes.

Te abrazo,

E.

De: Nadia Cortés
Para: Eugenio Tisselli
Fecha: 31 de mayo 2022
Asunto: Re: Adopción

Querido Eugenio:

Muchas gracias por tus palabras y por dar forma a reflexiones que quedan entre las líneas de nuestra correspondencia. Esta vez en lugar de empezar por el principio quisiera hacerlo por el final. Y es que recuerdo mucho que cuando empezamos a pensar sobre las reescrituras tecnológicas, en uno de los textos que escribí para esa ocasión, reflexionaba sobre si lo que permitía imaginar y habitar de otras formas las tecnologías era precisamente la urgencia de repensar la forma en la que estamos los unos con los otros, una especie de apuesta por un trabajo político comunitario. En ese momento, como te lo decía en mi mail anterior, la adopción me acercaba a nociones que aparecían como semillas: los cuidados y la afectación.

Durante y después de ese Primer Encuentro Nacional de Reescritura Tecnológica en México, al escuchar las formas en las que otros responden a las tecnologías y al

darme cuenta de que lo que permitía otras vinculaciones era precisamente un tejido comunitario, que ponía en el centro valores distintos a las maneras hegemónicas de relacionarnos y comprender el mundo, se abrió una puerta de comprensión y escucha a otros sentipensares, precisamente, esos saberes situados, esas otras temporalidades y cosmovisiones. Pero también surgió una urgencia por regresar a la materialidad de las tecnologías, a sus modos de producción y a la manera en la que éstas dependen, son posibles y, a su vez, reconfiguran los territorios. Al final, “el fuego que transforma”, como imagen mítica de la tecnología, de lo que nos habla es de cómo se crean, producen y configuran los mundos en una interacción colectiva. Las reescrituras tecnológicas son, para mí y me atrevería a decir que para ti también, radicalmente materiales, son geológicas también en un sentido concreto y metafórico.